

LAS MOCEDADES DEL CID

En tiempos del rey don Fernando, llamado el Magno¹, comenzó a adquirir fama un mancebo llamado Rodrigo de Vivar, que era muy esforzado, de buenas costumbres y muy bien quisto² de todos por dedicarse a defender la tierra de los moros. Conviene que sepáis de quién descendía. Cuando murió el rey don Pelayo quedó Castilla sin señor, por lo cual eligieron dos jueces, el uno llamado Nuño Rasura y el otro Laín Calvo. De Nuño Rasura vino el emperador don Alfonso; de Laín Calvo, Rodrigo de Vivar. Laín Calvo casó con Elvira Núñez, que era hija de Nuño Rasura y que fue también llamada doña Vello, por ser muy vellosa. Tuvo de ella cuatro hijos, al mayor de los cuales llamaron Fernán Laínez; de éste, que pobló Faro, descendían el Cid Campeador y los de Vizcaya. Del segundo, llamado Laín Laínez, vienen los Mendoza. Del tercero, cuyo nombre era Ruy Laínez y que pobló Peñafiel, proceden los Castro. Del menor, Bermudo Laínez, descendía la madre del Cid Ruy Díaz.

Quiero que sepáis que Diego Laínez, trasbisnieto de Laín Calvo y padre del Cid, siendo aún soltero, un día de Santiago, en que iba a caballo, encontró a una villana que llevaba comida a su marido, que estaba en la era. Forzando a la villana, la dejó preñada.

Llegada a la era, su marido yegó con ella, aunque le contó lo que le había pasado con el caballero, y también la preñó. A la hora del parto nació primero el hijo de don Diego, que recibió el nombre de Fernando Díaz, el cual casó luego con una hija de Antón Antolínez el burgalés, de la que tuvo, andando los años, a Martín Antolínez, a Fernán Alfonso, a Pedro Bermúdez, a Alvar Salvadórez y a Ordoño el menor, que fueron los únicos sobrinos del Cid, quien no tuvo nunca otro hermano ni hermana.

Después del episodio de la villana, Diego Laínez casó con doña Teresa Núñez, hija del conde Nuño Álvarez de Amaya. De este matrimonio nació Rodrigo. Fue su padrino un clérigo llamado don Pedro Pringos. A este su padrino le pidió él un día le regalara un potro. El padrino le llevó adonde estaban muchas yeguas con muchos potros para que él eligiese el que prefería. El muchacho entró en el corral, del que hizo salir a todas las yeguas con sus potros, sin elegir ninguno de ellos. Al final salió una yegua con un potro muy feo y sarnoso. Dijo el muchacho:

— Éste quiero yo.

Su padrino le contestó entonces enfadado: — Babioca, qué mal has elegido. Replicóle Rodrigo:

— Éste será un caballo muy bueno y tendrá por nombre Babioca. Efectivamente así sucedió y con él ganó el Cid muchas batallas. Un día Rodrigo, andando por Castilla, se peleó con el conde don Gómez, señor de Gormaz, con el que tuvo un duelo, en el que le mató. Poco después entraron por Castilla cinco reyes moros. Pasaron más allá de Burgos, Montes de Oca, Carrión, Belorado, Santo Domingo de la Calzada, Logroño y Nájera y cogieron muchos cautivos y mucho ganado. Volviendo ellos con su botín, Rodrigo de Vivar, que había hecho que se armaran todos los cristianos, les salió al encuentro en Montes de Oca, los derrotó, les quitó el botín, hizo prisioneros a los cinco reyes y se fue con ellos donde estaba su madre. Allí repartió el botín y los moros cautivos entre los que participaron en la batalla. Todos quedaron muy contentos de él y le elogiaron mucho. Después de haber agradecido a Dios esta victoria, dijo Rodrigo que no estaba bien que los reyes moros quedaran cautivos y les permitió volver a sus tierras, lo que ellos hicieron colmándole de bendiciones. Al llegar a sus tierras le mandaron tributó y se reconocieron vasallos suyos.

Estando el rey don Fernando en León, sosegando este reino, le llegaron noticias de la victoria que había logrado Rodrigo contra los moros. Poco después se le presentó Jimena Gómez e hincados los hinojos ante él le dijo:

— Señor: yo soy la hija menor del conde don Gómez, que ha sido muerto por Rodrigo de Vivar. Os ruego que me lo deis por marido, para que tenga que ampararme el mismo que me quitó el amparo de mi padre. Con él estaré muy bien casada, pues estoy segura que ha de llegar más alto que ningún otro de vuestros vasallos. Mucho os agradeceré que hagáis lo que os pido, pues será servicio de Dios, ya que así podré perdonar a Rodrigo de Vivar el daño que me ha hecho.

Al rey le pareció que debía acceder a lo que doña Jimena solicitaba, por lo que escribió a Rodrigo, mandándole que viniese a Valencia para hablar con él de cosas que redundarían en servicio de Dios y en provecho suyo.

Rodrigo de Vivar, cuando leyó las cartas, se alegró mucho, y dijo a los mensajeros que quería hacer lo que el rey le mandaba e ir a Valencia. Para eso se proveyó de armas y de galas. Llevó consigo a cuatrocientos caballeros: unos vasallos suyos; otros vasallos de sus parientes y de sus amigos. Al llegar a Valencia el rey le salió a recibir y le agasajó mucho, lo que despertó la envidia de los ricoshombres. En cuanto el rey habló con él a solas le dijo que Jimena Gómez, hija del conde don Gómez de Gormaz, a quien él matara, le pedía por marido y que estaba dispuesta a perdonarle; por lo que él le rogaba se casara con ella y le prometía en este caso muchas mercedes. A Rodrigo agradó mucho lo que el rey le dijo. Contestóle que estaba dispuesto a obedecer en esto, como en todo lo demás que quisiera mandarle. El rey se lo agradeció mucho e hizo venir al obispo de Valencia, que los casó. Con este motivo le hizo el rey don Fernando muchos regalos y le dio más tierras de las que tenía. Mucho amaba a Rodrigo porque veía que era obediente y porque oía alabar mucho sus proezas. Rodrigo se despidió del rey y llevó a su esposa a casa de su madre, que la recibió muy bien y bajo cuyo amparo la dejó, después de haber jurado que no consumaría el matrimonio hasta haber vencido cinco batallas campales.

Pidió a su madre que amase a doña Jimena tanto como a él y que la agasajase mucho, por lo que él la querría y honraría aún más que antes. Su madre prometió hacerlo y él se fue entonces a la frontera de los moros.

El rey don Fernando tuvo una disputa con el rey don Ramiro de Aragón, su hermano, sobre la ciudad de Calahorra, que cada uno de ellos decía que era suya. Al rey de Aragón le aconsejaron que desafiara a su hermano para poder nombrar un campeón y que de este modo el pleito se resolviese en singular combate, ya que él contaba entre sus vasallos a Martín González, considerado como el mejor caballero de España y a quien muy bien podía confiar la defensa de su derecho. El rey don Fernando recibió el desafío y dijo que por él lidiaría Rodrigo, pero que, como en aquel momento no estaba allí, habría que esperar a que volviese. Nombrado Martín González campeón del rey don Ramiro, fijaron la fecha del desafío y resolvieron que el que venciera ganase Calahorra para su señor. Convenido esto, se volvieron los reyes a sus tierras.

El rey don Fernando envió en seguida por Rodrigo de Vivar y le dijo que tenía que lidiar en defensa de su derecho. Rodrigo, al oírlo, se alegró mucho y respondió que combatiría de muy buena gana, pero que mientras llegaba la fecha quería ir en peregrinación a Santiago en cumplimiento de una promesa. El rey le dio permiso, dinero y regalos. Rodrigo se puso en camino, acompañado por veinte caballeros.

Yendo para Santiago no dejaba Rodrigo de dar muchas limosnas a todos los pobres que se la pedían. Un día encontró a un leproso en un tremedal³, pidiendo a gritos que le sacasen por amor de Dios. Rodrigo descabalgó, le sacó del peligro, le hizo montar en su caballo y le llevó consigo a la posada donde se albergaron, lo que disgustó mucho a los caballeros que le acompañaban. Cuando la cena estuvo preparada, mandó sentar a sus caballeros, cogió de la mano al leproso, le sentó a su lado y le hizo comer en su mismo plato. Tan molestos estaban los caballeros con esto que, pareciéndoles que la lepra caía en el plato en que ellos comían, los dejaron solos en la posada. Rodrigo mandó preparar una cama, en la que se acostaron los dos. A media noche, durmiendo Rodrigo, le echó el leproso por la espalda un resuello tan recio que le sacudió el pecho. Rodrigo se despertó asustado y buscó al leproso. No encontrándole, empezó a llamarle, pero no respondió. Aún más asustado se levantó, pidió luz y le buscó con ella, aunque sin encontrarle. Volvióse a la cama con la luz encendida y empezó a pensar en lo sucedido. Estando mucho rato pensando en esto, se le apareció un hombre, vestido de blanco, que le dijo:

— ¿Duermes, Rodrigo?

Él respondió:

— No duermo. Pero ¿quién eres tú, que vienes envuelto en tal claridad y que exhalas tan suave olor?

Contestáronle entonces:

— Yo soy San Lázaro. Te hago saber que yo era el leproso con quien tú usaste de tanta caridad por amor de Dios. Por el bien que me has hecho, Dios te concede un don: que cuando sientas el resuello que antes sentiste emprendas sin temor lo que vayas a hacer. Lo mismo si se trata de batallas que de otras cosas las acabarás muy felizmente. Con esto tu fama crecerá de día en día y serás muy temido de los moros y de los cristianos. Nunca tus enemigos te podrán hacer daño y morirás en tu cama, lleno de gloria, pues siempre serás vencedor y jamás vencido. Queda en paz y obra siempre del mismo modo, que Dios te bendice.

Con esto desapareció la visión. Rodrigo se levantó, le pidió a la Virgen María, que es nuestra abogada, que rogase por él a su bendito Hijo para que librase su cuerpo de daño y su alma de pecado, y se quedó rezando hasta que amaneció. Al día siguiente siguió su camino para Santiago, haciendo mucho bien por amor de Dios y de la Virgen.

Cuando hubo llegado el día en que Rodrigo tenía que lidiar con Martín González para decidir de quién sería Calahorra, como él no viniese, Alvar Fáñez Minaya, su primo hermano, que había sido nombrado sustituto suyo, se empezó a armar. A último momento llegó Rodrigo, montó el caballo de su primo y entró en el palenque⁴. Lo mismo hizo Martín González. Cuando los jueces designados por ambas partes les hubieron partido el sol⁵, se atacaron el uno al otro con tanta furia que a los dos se les rompió la lanza y los dos quedaron heridos. Martín González quiso asustar a Rodrigo, diciéndole:

—Mucho debe ya pesaros, don Rodrigo, el haber venido a combatir conmigo, pues no volveréis a Castilla vivo ni consumiréis el matrimonio con doña Jimena, a quien tanto amáis.

Rodrigo replicó, muy molesto con estas palabras de Martín González:

—Don Martín: no es propio lo que habéis dicho de tan buen caballero como sois vos. Este pleito se ha de decidir por las armas y no a fuerza de palabras. Todo el poder es de Dios; que Él conceda la victoria a quien por bien tenga.

Muy enojado se fue Rodrigo contra él y le dio con la espada en el yelmo, haciéndole una herida en la cabeza, por la que empezó a perder mucha sangre. Don Martín González le dio a Rodrigo un golpe tan fuerte que le rompió el escudo, que al tirar de la espada se llevó consigo. Rodrigo entonces le hizo otra herida en la cara, por la que también perdió mucha sangre. Hiriéndose el uno al otro con mucha saña y sin piedad alguna, don Martín González perdió tanta sangre que ya no se pudo tener derecho y cayó del caballo. Rodrigo descabalgó y le mató. Hecho esto preguntó a los jueces si había algo más que hacer en defensa del derecho del rey don Fernando sobre Calahorra. Dijéronle que no. Don Fernando llegó donde estaba Rodrigo, bajó del caballo, le ayudó a desarmar y le dio un abrazo muy fuerte. Ya desarmado, salieron del campo, muy contentos todos los castellanos con esta victoria. Si grande fue la alegría del rey don Fernando y de su gente, no fue menor el pesar del rey don Ramiro y sus aragoneses, quienes cogieron el cuerpo de Martín González y lo llevaron a enterrar a su tierra. De esta manera quedó Calahorra por el rey don Fernando.

Viendo los ricoshombres castellanos cómo aumentaba la fama de Rodrigo, resolvieron proponer a los moros una batalla para el día de la Santa Cruz, en el mes de Mayo, a la que, de acuerdo con ellos, llevarían a Rodrigo para que le matasen. De este modo esperaban conservar su poder y vengarse de él. Hechas estas proposiciones a los reyes moros que Rodrigo había cautivado y libertado y que se habían declarado vasallos suyos, cuando éstos vieron la falsedad de los grandes señores, cogieron las cartas y se las mandaron a Rodrigo para que pudiera defenderse de ellos. Rodrigo, leídas las cartas y oídos los mensajeros, agradeció mucho su lealtad y llevó todo al rey don Fernando para que viese la maldad de los ricos-hombres y especialmente del conde don García, que luego fue llamado don García de Cabra y que era ya entonces su peor enemigo. Don Fernando, al saberlo, quedó espantado y resolvió desterrarlos a todos. Como él se iba en romería a Santiago, mandó a Rodrigo que los echara de la tierra. Rodrigo hizo lo que el rey le mandaba. Entonces vino a verle su hermana doña Elvira, que estaba casada con el conde don García y se puso de hinojos ante él. Rodrigo la cogió por la mano y la levantó, sin querer escucharla hasta que no lo hiciera. Puesta de pie, le dijo doña Elvira:

—Hermano: pues nos echáis de Castilla a mí y a mi marido, os ruego que nos deis cartas para alguno de los reyes moros, vasallos vuestros, pidiéndole que nos favorezca y nos dé un lugar en el que podamos vivir. Mucho os agradeceremos esta merced.

Entonces Rodrigo le dio una carta para el rey de Córdoba, quien recibió muy bien a don García y le dio, por consideración a Rodrigo y para que viviesen él y su mujer, la ciudad de Cabra. Luego fue muy ingrato el conde don García con el rey de Córdoba y le hizo la guerra.

Estando en Galicia el rey don Fernando entraron los moros por Castilla. Los cristianos de la frontera pidieron a Rodrigo que los ayudase. Al recibir el mensaje, Rodrigo reunió a sus parientes y a sus amigos y salió contra ellos. Los moros, que habían cogido muchos cautivos y mucho ganado, ya se volvían. Rodrigo los atacó entre San Esteban de Gormaz y Atienza. Fue esta batalla muy reñida. Venció Rodrigo, quien los persiguió durante siete leguas y les quitó toda su presa. Tanto botín hubo que el quinto fueron doscientos

caballos, los que bien podrían valer cien mil maravedíes. Rodrigo lo repartió todo muy bien y sin codicia alguna y se volvió cubierto de gloria.

Deseando el rey don Fernando tomar Coimbra se fue a Santiago en romería, siguiendo el consejo de Rodrigo de Vivar, quien le aseguró que Dios le ayudaría. Le dijo también que quería que le armase caballero dentro de Coimbra. El rey, ansioso de tomarla y viendo que Rodrigo le aconsejaba bien, se fue a Santiago, dando muchas limosnas. En Santiago estuvo en oración tres días con sus noches, haciendo penitencia y pidiendo a Dios le concediese lo que le pedía. Con ayuda del Apóstol reunió su hueste, se fue contra Coimbra y la cercó, valiéndose de castillos de madera y de otras máquinas de guerra. Pero la ciudad era tan fuerte que resistió siete años. Por fin el rey don Fernando la tomó y pudo armar caballero a Rodrigo en la mezquita mayor, que fue consagrada a Santa María. Hízole caballero ciñéndole la espada y besándole en la boca, pero sin darle la pescozada⁶. Luego tomó Rodrigo la espada del altar y por orden del rey armó a otros nueve mancebos nobles. Mucho le honró el rey aquel día.

Estando en Zamora, el rey don Fernando con toda su gente llegaron allí los mensajeros de los reyes moros que eran vasallos de Ruy Díaz con mucho dinero que le mandaban como tributo. Quisieronle besar la mano delante del rey. Rodrigo no les quiso dar la mano mientras no besasen la de don Fernando. Cuando lo hubieron hecho se hincaron de rodillas ante Ruy Díaz, le dieron el tributo y le llamaron Cid, que quiere decir en su lengua señor. Rodrigo recibió el dinero que le enviaban y pidió al rey que tomase el quinto, en reconocimiento de señorío. El rey se lo agradeció mucho, aunque no quiso quedarse con nada, y mandó que en adelante le llamasen Cid, ya que los moros así le llamaban.

En un concilio que el papa Urbano⁷ mandó celebrar, al que asistieron el emperador y muchos reyes cristianos y grandes señores, quejóse el emperador de que el rey de España no le reconociera señorío ni le pagara tributo, como los demás. El papa entonces mandó amonestar a don Fernando para que lo hiciera, amenazándole con predicar una cruzada e ir contra él. También el emperador, el rey de Francia y los otros reyes que con él estaban le enviaron decir que le desafiarían si no pagaba el mismo tributo que los demás reyes en reconocimiento de vasallaje. El rey don Fernando, al leer las cartas, se alarmó mucho, porque comprendió que podía resultar de esto mucho daño para los reinos de Casulla y León. Entonces resolvió pedir consejo a los ricoshombres y a los caballeros. Éstos no sabían qué aconsejarle, ya que por un lado veían lo poderoso que el papa era y por otro el daño y la mengua que sufrirían Castilla y León si se hacían tributarios. Al fin le aconsejaron que obedeciese. A esta reunión asistió el Cid, que hacía poco tiempo había consumado su matrimonio con doña Jimena y estaba con ella. Cuando volvió a la corte el rey le enseñó las cartas, le dijo lo que los demás le habían aconsejado y le pidió que le diera él también su consejo, como debe hacer todo buen vasallo. Al Cid disgustó mucho más el consejo que le habían dado todos los demás que el mensaje del papa, y le dijo al rey:

—Señor: bien podréis decir que en mal día nacisteis si en vuestro reinado España, que nunca ha pagado tributo a nadie lo empieza a pagar. Toda la honra que Dios os ha dado y todo el bien que Él os ha hecho se disiparán. El que os lo haya aconsejado vasallo ni desea vuestro bien. Yo os aconsejo, por el contrario, desafiéis a vuestros enemigos y que, pues os piden contestación, se la vayáis a dar en persona. Los reyes moros, vasallos vuestros, os podrán dar cinco mil caballeros. Yo seré vuestro aposentador e iré delante de la hueste a tomaros posada con mil los míos. Dios, señor, que os ama mucho, no permitirá que perdáis vuestra honra.

El rey se tuvo por bien aconsejado del Cid Ruy Díaz, se animó mucho y le agradeció el celo que mostraba por su servicio.

El rey don Fernando contestó al papa, diciéndole que no quisiese hacer una sinrazón tan grande como aquella, pues España había sido reconquistada, a fuerza de sangre, por los españoles, quienes por esta causa no habían sido nunca tributarios ni estaban dispuestos a serlo, aunque tuvieran que morir por ello. También mandó sus cartas al emperador y a los demás reyes, diciéndoles que bien sabían que lo que le pedían era deshonoroso y además injusto por no estar fundado en derecho y carecer el carecer el emperador de jurisdicción sobre él y su reino; por lo cual les rogaba que le dejaran hacer la guerra a los enemigos de la fe, como venía haciendo. Si no querían dejarle, se declararía enemigo suyo y los desafiaría. En este caso ya les buscaría donde todos estaban. Al mismo tiempo que respondía de este modo, mandó el rey a sus gentes que se prepararan, según le había aconsejado el Cid Campeador. En vista de que no le llegaba respuesta

alguna, salió de España con mil novecientos caballeros, unos suyos y otros del Cid, que mandaba la vanguardia. Desde que pasaron los puertos de Aspa las gentes se les mostraban muy hostiles y no les querían vender nada, pero el Cid se puso entonces a saquear y a talar los campos de los que se negaban a aprovisionarlos y a tratar muy bien a los que lo hacían. De esta manera cuando llegaba el rey don Fernando tenían de todo, ya que las gentes se asustaban mucho al oír contar lo que iba haciendo el Cid Campeador.

El conde don Ramón, señor de Saboya, fue encargado por el rey de Francia de detener a don Fernando. Se vino el conde con veinte mil lanzas al sur de Tolosa, donde se encontró con Ruy Díaz el Cid, que venía abriéndole camino al rey. Hubo una batalla muy reñida y con muchos muertos y en la que el conde quedó preso con buena parte de su hueste. Entonces el conde le rogó al Cid que le soltase y se ofreció a darle una hija que tenía, que era muy hermosa. Pusiéronse de acuerdo, envió por su hija, se la dio y quedó libre. En esta hija del conde tuvo el rey don Fernando a su hijo bastardo, el que fue cardenal. Después de esto ganó el Cid otra nueva batalla contra la hueste del rey de Francia, sin que participara en ella don Fernando. Ya llegaban al concilio noticias del Cid y de sus victorias. Como ni el emperador ni los reyes sabían qué hacer, pidieron al papa que le ordenara que se volviese y que le dijera que no quería ningún tributo del rey don Fernando. Estando éste al norte de Tolosa recibió las cartas. Pidió consejo al Cid y a los ricoshombres, quienes le dijeron que pidiera al papa que mandara a un cardenal con autorización para tratar con él de estos asuntos y declarar en su nombre que en el futuro nadie podría reclamar de España ningún tributo. También le aconsejaron que pidiese vinieran representantes del emperador y de los demás reyes con autorización para reconocer que él estaba libre de vasallaje, y que les dijera que mientras venían él seguiría allí, y que, si no lo hacían, él iría a buscarlos donde ellos estaban. Con esta embajada envió don Fernando al conde don Rodrigo, a Alvar Fáñez Minaya y a otros caballeros que sabían de derecho. Cuando los emisarios llegaron al papa y le dieron las cartas del rey don Fernando, el papa se alarmó mucho y reunió en consejo a todos los príncipes, prelados y ricoshombres que asistían al concilio. Todos le dijeron que debía hacerse lo que pedía el rey, ya que ninguno se atrevería a lidiar con él, vista la buena ventura de su vasallo el Cid Campeador. Entonces el papa envió con poderes a Micer Roberto, cardenal de Santa Sabina, representantes del emperador y de los demás reyes. Todos declararon que nadie podría reclamar tributo a los reyes de España. Los pactos que se hicieron fueron firmados por el papa, el emperador y los otros reyes y sellados por todos. Mientras esto pasaba el rey don Fernando estuvo allí seis meses. El papa le pidió que devolviera a la hija del conde de Saboya, que estaba ya de cinco meses y medio, lo que hizo el rey don Fernando por consejo del Cid, no ocultando al papa la verdad y rogándole que la tuviese bajo su custodia hasta que diera a luz. Así lo hizo el papa. De ella nació el abad don Fernando, a quien el papa apadrino, educó muy bien y concedió dispensa para que pudiera acumular diversas dignidades. El rey don Fernando se volvió a su tierra vierto de gloria. Por esto fue llamado don Fernando el Magno, par de emperador⁸, y se dice de él que pasó los puertos de Aspa a pesar de los franceses.

¹ Ya se ha dicho en el prólogo que este poema carece del todo de realidad histórica y que puede ser en parte la respuesta de nuestros juglares a las pretensiones sobre España del papa, que determinaron la toma de Barbastro en 1064. Añadamos solo que el Cid histórico nació hacia el año 1043, lo que quiere decir que tendría 28 años al morir don Fernando I en 1065, y murió en el 1099. Su mujer, doña Jimena Díaz, con la que casó en 1074, era hija del conde de Oviedo don Diego Rodríguez y bisnieta del rey de León don Alfonso V.

² Querido. *Bien, mal quisto.*

³ Terreno pantanoso, abundante en turba, cubierto de césped, y que por su escasa consistencia retiembla cuando se anda sobre él.

⁴ Valla de madera o estacada que se hace para la defensa de un puesto, para cerrar el terreno en que se ha de hacer una fiesta pública o para otros fines.

⁵ Poníase a los combatientes de tal manera que la situación del sol no beneficiara ni perjudicara a ninguno de ellos.

⁶ Bofetada que quien armaba caballero daba al caballero novel.

⁷ Debe referirse a Urbano II (1088-1099). Contemporáneos suyos fueron el emperador Enrique IV (1056-1106) y el rey de Francia Felipe I (1060-1108).

⁸ Par de emperador se llamaba al rey que por no ser vasallo del emperador gozaba en su reino de los mismos derechos que el emperador dentro del imperio.

Leyendas épicas españolas, ed. de Rosa Castillo, Madrid, Castalia, colección Odras nuevos, 1976.